



La Novela Gráfica

Nº 45 25cts.

PURO VALOR

por ESTHER RALSTON

y ROY STEWART



PURO VALOR

(TALL TIMBER, 1923)

Versión literaria de la comedia
cinematográfica de igual título,
marca **UNIVERSAL**

CREACION DE LOS CELEBRES ARTISTAS
ESTHER RALSTON
Y ROY STEWART



Exclusiva
HISPANO AMERICAN FILMS, S. A. E.
Valencia, 233
BARCELONA

REPARTO

Estela Rolling: Esther Ralston.
Roberto Evans: Roy Stewart.
Jaime Kemp: Ford Austin.
Franco Rolling: Jack Mower.
Buddy Clark: Verne Winter.

AÑO II

MADRID-BARCELONA-LOS ÁNGELES

NÚM. 45

LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Redacción y Administración:
Rambla del Centro, 80, 1.^o
Teléf. 4656 A.—BARCELONA



Talleres Gráficos propios
Bou de San Pedro, núm. 9
Teléf. 1167 S. P.—BARCELONA

Sale los jueves

PURO VALOR

I

En el cinto, el revólver,
la mirada, serena,
caballero en su potro...

...cruzaba Roberto Evans la montaña para dirigirse a Grayton. Llevaba el animal a buen trote, pero sin precipitación alguna. Su presencia en el pueblo no era urgente y no tenía porque apresurarse. Fué sin duda por esta circunstancia que al oír resonar un tiro en lo alto del camino le detuvo la curiosidad y, frenando su cabalgadura, esperó.

Roberto Evans había sido mucho tiempo

guardabosque en Tejas, y no ignoraba lo que significaban los disparos de rifle en la montaña. Sus ojos, acostumbrados a divisar desde muy lejos, fijáronse en el punto donde se habían oído las detonaciones y no tardaron en descubrir a un individuo que descendía a caballo el sendero llevando un fusil al brazo.

Al llegar a un recodo del camino, cruzáronse ambos jinetes.

—Buenos días — murmuró Evans, saludando al desconocido—. ¿Era usted por casualidad el que disparaba allá arriba?

—Sí, señor. Quería matar unos conejos, pero mis tiros fallaron.

—¿Usted no es hijo de estas tierras, verdad?

—No, señor. Soy del Norte y he venido aquí para efectuar una visita.

Cambiaron unas cuantas frases baladíes y, momentos después, se despedían. Evans siguió en dirección al pueblo y el desconocido tomó un camino de herradura que conducía a unos ranchos, situados al Este...

Apenas este último estuvo fuera del alcance de la vista de Evans, llevó su mano izquierda al hombro derecho y, con una expresión de dolor, murmuró:

—¡Maldición! ¡Me debe haber destrozado la clavícula!

Allá arriba, casi en la cúspide de la montaña, donde Evans había oído tiros, se había

desarrollado seguramente uno de esos dramas que tan frecuentes son en el Oeste y que muchas veces no llegan a ser conocidos de nadie...

II

NO lejos de allí, al pie de la montaña, se encontraba situada la ciudad de Grayton, y, tocando a las afueras, la única escuela que había en muchas leguas a la redonda, regentada por Estela Rolling, agradada muchacha de unos veinticinco años de edad y de la cual estaba Evans perdidamente enamorado.

Según contaban malas lenguas, Roberto escribía, aproximadamente, unas diez cartas amorosas por semana a la hermosa maestrita. A cada momento que se le presentaba una ocasión, Evans acudía, con uno u otro pretexto, a visitar a la hermosa Estela...

Eran las once de la mañana cuando su cabalgadura, que ya conocía el camino, se detuvo ante la verja del jardín del colegio. Estela leía un libro, recostada en el tronco de un corpulento árbol. Era la hora del recreo y los muchachos jugaban en el jardín, aprovechando el leve intervalo que la costumbre concedía a sus estudios.

—Pasaba por aquí, Estela — dijo Roberto queriendo de aquel modo justificar su presencia—, y creí que no te molestaría mi presencia...

—Ciertamente que no, Roberto — respondió la hermosa profesora.

—Como desde ayer no había estado aquí — siguió diciendo Evans—, he querido entrar a ver si seguías bien...

—Gracias...

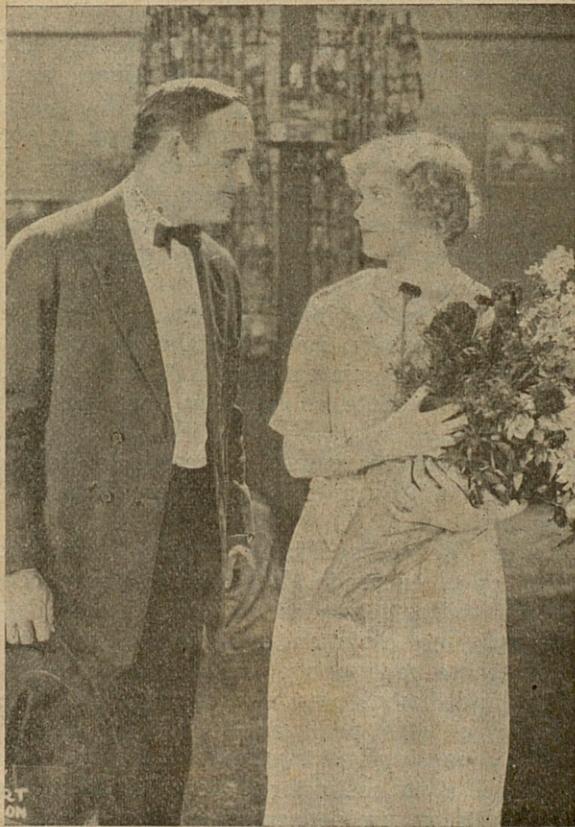
Roberto hubiese querido dar a sus palabras un tono más ardiente y apasionado, pero no pudo. Su innata timidez le anudaba las frases en la garganta y no acertaba a seguir hablando, como no fuese para decir a su amada cuatro cosas insustanciales. Por fin, se decidió a murmurar:

—¿Y Buddy?

—Bien — contestó Estela—. Sigue con sus manías de mascar tabaco y leer aventuras de detectives, pero, aparte de eso, es un buen muchacho y estudia mucho.

—Ese sí que ha tenido suerte — exclamó entonces Roberto—. Le envidio de veras. Yo no sé si llegará alguna vez a corresponder como tiene obligación a la protección que tú le dispensas, pero cree que puede estar satisfecho...

—No... — dijo la maestra—. Eso no tiene importancia. El pobrecito Buddy es un muchacho estudiioso que bien merece se haga al-



—Como sé que las flores te gustan — dijo Evans—, he querido traerte este pequeño obsequio...

go para ayudarle a hacerse hombre. Es huérfano de padre y madre y no tiene familia por aquí...

—Bueno — exclamó Evans, que ya no acertaba a decir una palabra más a Estela—. Me voy. Por la noche te vendré a ver y entonces tendremos más tiempo para charlar... Esta semana no te he podido ver más que tres veces...

Roberto se despidió. La hora del recreo había terminado y todos los alumnos, precipitadamente, se reintegraban a la clase. La joven sentóse ante su mesa y con voz clara, pronunció:

—Muchachos: vamos a pasar a la clase de aritmética. Voy a exponer un problema en la pizarra.

Volvióse de espaldas y empezó a trazar cifras en el encerado. Los alumnos aprovechaban aquellos segundos en que los ojos de la maestra no espían sus movimientos para entregarse cada uno a sus diabluras: el uno, dibujando monigotes en su cuaderno de estudio, el otro pellizcando a su compañero, aquél, mordiendo el mango de la pluma. Buddy, fiel a su costumbre, sacó del bolsillo de su pantalón un pedazo de tabaco y empezó a mascar, al propio tiempo que extraía del cajón de su pupitre el décimoctavo cuaderno de "Las aventuras extraordinarias del detective Roos Killa", que intercaló entre las

páginas de su tratado de aritmética, para aparentar que estudiaba y escapar así a la vigilancia de Estela. Pero ésta, que no dejaba de espiar, con el rabillo del ojo, los menores movimientos de la clase, volvióse de pronto y con voz severa, gritó:

—¡Buddy Clark! ¿Qué es eso? ¿Otra vez mascando tabaco?

El culpable tembló de pies a cabeza, cuál frágil arbollo cuando soplan vientos de tempestad.

—Ven aquí! — insistió Estela.

Buddy se levantó del banco.

—...y tráete ese libro — añadió la joven.

Pálido, descompuesto, el pequeño Clark obedeció.

—¡Además, leyendo esos papelotes! — gritó la maestra en el colmo de la indignación—. ¡Me avergüenzo de ti! ¡Sal de la clase y estás fuera hasta las tres, como castigo!

Buddy, con la cabeza baja, abandonó la clase, a pasos lentos. Entretanto, los alumnos, escarmientados, trazaban con sus lápices la operación aritmética que Estela había expuesto en el encerado, y en la sala percibíase tan sólo la respiración acelerada de algunos de ellos, que no acertaban a resolver el problema mientras musitaban:

—Tres por cuatro, doce y tres, quince, llevo uno...

III

LAS seis de la tarde dieron en el reloj ancestral de la escuela. La lección había terminado y los muchachos abandonaban el edificio para dirigirse a sus casas, menos Buddy que comía con Estela, y, después, se iba a dormir a una cabaña que tenía a dos millas de allí, en compañía de "Pat", un perrito blanco al que educaba para que, andando el tiempo se convirtiese, a pesar de no ser aquella su raza, en el mejor de los canes policías.

Ya estaban todos fuera cuando llamaron a la puerta. La maestra acudió a abrir, creyendo se trataba de un alumno que volvía para recoger algún libro olvidado. Pero cuando la puerta hubo girado sobre sus goznes, Estela hallóse ante un hombre alto, fornido, con traje oscuro de ranchero y que presentaba en el hombro derecho una enorme mancha de sangre...

—Perdone usted, señorita — dijo el desconocido —, que me permita venirla a molestar pidiendo que me socorra. Descendía la montaña y algún cazador, sin duda, ha hecho un disparo confundiéndome con una fiera, y me ha herido. Si usted me hiciera el favor...



—Lo mejor que puedo hacer, es cruzar la frontera y marcharme a Méjico — dijo Francisco Rolling a su hermana.

Estela no sintió, ni mostró, la menor incredulidad ni la más leve desconfianza. Accidentes como aquel eran muy frecuentes en los alrededores de Grayton.

—Pase usted — le dijo.

Y como el desconocido contemplase a Buddy con cierta curiosidad, la joven maestra creyóse en la necesidad de aclarar su presencia en la escuela.

—Es Buddy Clark, mi mejor alumno, un pobreccito huérfano, a quien, para estimularle, doy de comer y cenar...

Preparó una venda, unas compresas que tenía en el botiquín, y haciendo sentar al herido sobre una silla, se dispuso a curarle.

—¿No se acuerda usted, señorita — dijo entonces el desconocido —, de su hermano Franco?

Una expresión de sorpresa pintóse en el semblante de la muchacha mientras aquél exclamaba:

—¡Soy yo, Estela!

—¡Cómo! ¡Tú eres mi hermano?

—¿No me conoces? — exclamó el herido —.

—¡No me extraña! ¡Hace diez años que no nos hemos visto! Sólo nos hemos escrito dos veces, pequeña, pero tu carta y tu retrato los he conservado siempre junto a mi pecho... ¡Mira!

Y, haciendo un esfuerzo, porque la herida empezaba a enfriarse y le dolía cada vez más

mostróle una hoja de papel en la que Estela reconoció su letra. Decía así:

“Querido hermano: He recibido tu carta y celebro mucho las buenas impresiones que tienes respecto a la concesión de tu libertad. No dudo que puedas conseguir esta merced y que entonces vengas a vivir conmigo. Aquí me ganó bien la vida y he podido hacer algunos ahorros, con los que, de momento, podré ayudarte, hasta que encuentres un modo de ganarte la vida, cosa que te será más fácil a mi lado y lejos de tus antiguos conocidos. Te abraza tu hermanita que te quiere, Estela”.

—¡De manera que eres tú! — dijo la maestra —. ¡Qué cambiado estás! ¡No pareces el mismo! Estás mucho más grueso, tienes la cara redonda, y eres mucho más moreno...

—En la cárcel se sufre mucho, Estela, y nada cambia tanto el aspecto de una persona como las penas...

—Tienes razón, Franco.

La joven había terminado la cura de su hermano. Arregló su habitación y le dijo:

—Dormirás aquí, y yo descansaré sobre el sofá del comedor, porque sólo dispongo de una cama. Mañana, a la hora del recreo, mientras los muchachos juegan en el jardín, iré a comprar otra. Ahora reposa y tranquilízate, que aquí estarás bien y podrás rehacer tu vida...

Buddy, sentado en un rincón estaba, aparentemente abstraído en la lectura de "Las Aventuras Extraordinarias del Detective Ross Killia", pero, en realidad, otra cosa le llamaba más la atención que el libro que con tanto afán devoraba en la clase en cuanto Estela se distraía un poco, y era el aspecto, poco atractivo, de Franco Rolling. Pero, temeroso de una nueva reprimenda, callaba y observaba.

Después de cenar, fiel a su promesa, Roberto Evans compareció en la escuela. Franco, que le vió venir por la ventana, llamó a su hermana y le dijo:

—Yo no quiero ver a ese individuo que llama a la puerta. Es un guardabosque, ¿verdad?

—Sí!

—A mí esa gente me hace poca gracia. Voy a esconderme tras este biombo y ya saldré cuando él esté fuera.

Estela, algo sorprendida por la extraña actitud de su hermano, fué a abrir. Roberto había cambiado su traje de campo por un terno elegantísimo. Se adivinaba que acababa de afeitarse y llevaba en la mano un magnífico ramo de flores.

—Como sé que las flores te gustan — murmuró Evans—, he querido traerte este pequeño obsequio... Y, al propio tiempo, decirte que te quiero hablar...

—Buddy — ordenó entonces la maestra—. Es hora ya de que te vayas a dormir a tu cabaña. No te estés leyendo, que mañana te levantarías tarde. Y procura no desobedecerme otra vez como esta mañana.

El muchacho se levantó de la silla, saludó a Estela y a Roberto y se marchó sin añadir palabra, profundamente preocupado por la extraña irrupción de Franco Rolling en el colegio.

—Estela — exclamó Roberto en cuanto se vió solo—, he venido para decirte una cosa que te quería confesar hace mucho tiempo y no me atrevía. Yo te quiero mucho, aunque la rudeza de la vida campestre que yo llevo me haya hecho adquirir un carácter tan brusco que ni palabras encuentro para poderte expresar mis sentimientos. Tú eres sola, aparte de ese muchacho a quien proteges, y yo creo que, si nos casamos, podríamos vivir muy felices y tranquilos en este pueblo...

La joven escuchaba con visible complacencia la declaración de Roberto...

—No sé qué decirte — repuso, después de unos momentos de reflexión—. Es tan impensado lo que tú me dices, que no me atrevo a contestarte de momento...

Evans, con la mirada fija en el suelo, insistió:

—¿Hallas, acaso, algún inconveniente?

—No, ninguno...

Roberto, sin levantar la vista del pavimento, reflexionaba, no sabiendo qué argumentos emplear para convencer a la joven de la sinceridad de su amor. De pronto, se apercibió que en un rincón del comedor, había una colilla, todavía humeante.

—Creía — dijo —, que habías curado a Buddy del vicio de mascar tabaco. Ahora veo que no sólo masca, sino que fuma...

El semblante de Estela se contrajo, con una expresión angustiosa que no pasó desapercibida para su adorador. Con un ademán brusco se puso en pie, exclamando:

—¡Aquí ha habido un hombre hace poco rato! ¿Quién era?

—Nadie... Roberto... Aquí no ha estado nadie...

—¡Aquí ha estado un hombre y tal vez está todavía! ¡Voy a registrar la casa!

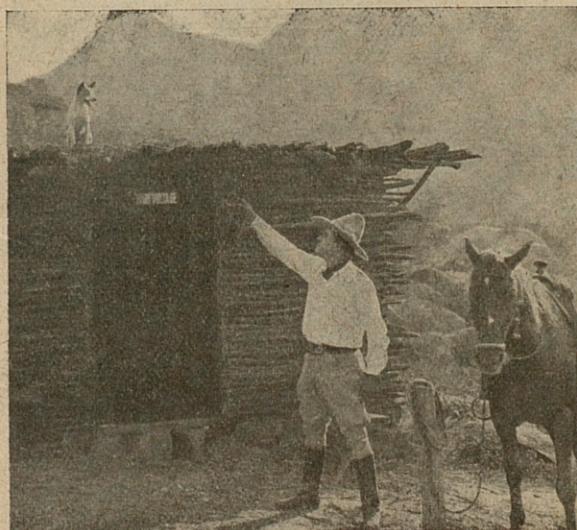
Un rápido examen de la habitación puso a Roberto fuera de dudas. Al ir a mirar tras el biombo, vió al desconocido que había encontrado por la mañana en la montaña que le apuntaba con la pistola...

—¡Está bien! — gritó —. ¡No volveré a poner los pies en esta casa! ¡Adiós, Estela!

Y sin que ésta pudiese disuadirle, Evans salió de la casa desesperado, mientras la maestra lloraba amargamente...

—Estela — dijo Franco cuando Roberto estuvo fuera —. Ya veo que yo no puedo per-

manecer a tu lado. En primer lugar, porque los guardabosques son mala gente y me disgusta que tengas relación con ellos, y en se-



Cuando Roberto llegó, "Pat" montaba la guardia en el tejado

gundo, porque yo aquí no estaría bien. Mañana me acompañarás hasta la frontera y me iré a Méjico, en donde viviré más tranquilo. Ya, cuando estaba en la cárcel, había pensa-

do muchas veces en dejar los Estados Unidos...

IV

EL camino que tenía que recorrer Buddy Clark para llegar a su cabaña era abrupto y empinado. Para cruzarlo, debía invertir el muchacho unas dos horas. Pero era aquel un paseo que efectuaba a gusto, porque el trayecto era fértil en sorpresas, y tan pronto se encontraba con algún animal dañino que le cerraba el paso, como hallaba interceptada la ruta por el enorme tronco de un árbol caído. Aquellos incidentes, que hubiesen constituido para otro muchacho motivo de preocupación, eran un aliciente para su espíritu aventurero y Buddy los acogía siempre con la mayor alegría.

Aquella noche, cuando estaba ya cerca de su cabaña, unos débiles quejidos humanos que resonaban en el silencio de la noche, le llamaron la atención. No había duda. Por aquellas cercanías encontrábase un hombre herido. Buddy buscó, registró y no tardó en hallar, tendido en un matorral, a un individuo de unos treinta años de edad, que presentaba una herida en el pecho.

—¿Qué tiene usted? ¿Qué le ha pasado?

—Estoy herido... — murmuró con voz apagada el hombre.

Pocos pasos separaban el matorral del lugar en donde estaba emplazada la cabaña de Buddy. El muchacho, no sin trabajo, logró cargar sobre sus débiles espaldas al misterioso desconocido y conducirle hasta ella.

Con ayuda de un pañuelo y después de lavarle la herida con agua clara, pues de otra cosa carecía Buddy, pudo vendar, de una manera bastante primitiva, al desconocido, después de lo cual, el muchacho empezó a reflexionar.

¿Cómo podía haberse producido la herida aquel hombre? ¿Casualmente? Tal vez sí. Pero ¿no era una coincidencia sospechosa el hecho de que, horas antes, se hubiese presentado, también herido, el hermano de Estela en el colegio?

—“Pat”! — gritó Buddy —; sube al tejado y vigila!

El inteligente animal no se lo hizo repetir. De un salto, escaló la cabaña y una vez en el tejado, se sentó sobre sus cuartos traseros y esperó los acontecimientos.

La noche transcurrió en la más absoluta calma. El herido tenía fiebre y deliraba, pronunciando frases incoherentes. Al apuntar el alba, Buddy, cuya curiosidad e impaciencia por descubrir aquel misterio eran cada mo-

mento mayores, se levantó, lavóse la cara y se fué a esperar a Roberto, que cada mañana pasaba, antes de las siete, por aquellas cercanías.

—Evans — le dijo en cuanto le vió llegar, — tengo que hablarle.

—Di, pequeño — repuso Roberto.

—¿Usted conoció anoche al hermano de la señorita Rolling?

—Sí — dijo Evans, ocultando el disgusto que le producía oír mentar al misterioso personaje, cuya identidad acababa de revelarle Buddy.

—Yo creo — siguió diciendo éste —, que es un embustero y que no es el hermano de la señorita Estela, como afirma. Ella le encontró tan cambiado que no le reconocía. Llegó al colegio herido, por un accidente casual, según él dijo. Pero hay otra cosa. Anoche, cuando yo me iba a dormir a mi cabaña, encontré a un hombre herido, al que recogí, y no pude hacerle decir en concreto cómo había recibido el tiro. Lo tengo allí, está con fiebre y delira. Si usted lo quiere ir a ver, yo creo que no perderá nada.

—Ahora — contestó Roberto —, me es imposible. Tengo que ir a Grayton para un asunto importante. Pero más tarde, yo pasaré por tu cabaña y veré lo que averiguo.

—Está bien. Hasta más ver, señor Evans. Y Buddy se separó de Roberto para vol-

yer a su agreste refugio. Examinó al herido, que seguía con fiebre, recomendó a "Pat" que siguiera vigilando, y luego, sin perder un momento, pues se le hacía tarde, emprendió el camino del pueblo para dirigirse al colegio.

V

EVANS no tardó en despachar los asuntos que le retenían en el pueblo. Antes de regresar, quiso ir a ver a Estela, para pedirle perdón por su actitud violenta, la noche anterior, y averiguar lo que pudiese haber respecto al misterioso individuo que afirmaba ser Franco Rolling. Pero cuando iba a cruzar la verja del colegio, aquél, que estaba sentado a la puerta, le interpeló:

—Anoche no dije a usted que yo era el hermano de la señorita Rolling. No pensaba decírselo tampoco, pero como tengo que darle a usted un encargo de ella...

—¡Ah! ¿Tiene usted un encargo de Estela para mí?

—Sí, señor. Y ese encargo es que haga usted el favor de no acercarse más por aquí, ¿comprende?

La violenta actitud del pretendido Franco Rolling afirmó aún más las sospechas que

abrigaba Evans de que las dudas de Buddy sobre la verdadera personalidad de aquel individuo fuesen ciertas.

—¡Está bien! — le dijo —. ¡Buenos días!

Y sin añadir palabra, dió media vuelta, y se encaminó de nuevo a la montaña.

Cuando Roberto llegó a la cabaña de Buddy, "Pat" montaba la guardia en el tejado. Pero sin duda, el inteligente animal, que conocía a Evans, sabía que era hombre de paz, porque ni ladró ni se movió de su sitio.

Roberto penetró en la cabaña. El misterioso herido deliraba, y su rostro se contraía como si le agitara una violenta pasión.

—Yo no me debía haber fiado de Jaime Kemp — decía —. Era un asesino... ¿Por qué fuí yo tan imbécil ayudándole a huir?... Podía escaparme solo... de la cárcel... o esperar otra ocasión para fugarme...

Evans escuchaba con interés al desconocido.

—Va bien... — pensaba —. Por el hilo sacaremos el ovillo...

El desconocido seguía delirando.

—Después que yo puse parte de mi dinero para comprar los caballos... Y aún fuí tan cándido que le enseñé la carta y el retrato de mi hermana... Y él me los quitó... sí... sí... porque yo no los tengo... Lástima de tiro, cuando él me hubo disparado... Pero yo le toqué... estoy seguro...

—¡Ya lo tenemos todo! — se dijo victorioso Roberto Evans —. ¡El hombre de marras es Jaime Kemp, y este es Franco Rolling!



Evans cogió por el cuello al miserable

Decidido a restablecer la verdad de los hechos, el novio de Estela abandonó la cabaña. Ya no tenía la menor duda de lo ocurrido. Lo esencial era llegar pronto a Grayton para

evitar que Jaime Kemp cometiese algún desguisado o lograra fugarse.

Cuando Buddy llegó a la escuela, advirtió en seguida en el rostro de la maestra señales de impaciencia. Daba la lección distraída, ponía el visto bueno en dictados defectuosos y problemas mal resueltos, y miraba el reloj que llevaba en la muñeca a cada momento, con visible nerviosidad.

Al dar las once — hora del recreo — Estela llamó a parte a Buddy.

—Mira, pequeño — le dijo—, esta tarde y mañana por la mañana no habrá clase. Dilo tú mismo a los muchachos. Tengo que acompañar a Tejas a mi hermano.

—Bien, Estela...

—Procura que a mi regreso no tenga yo la menor queja de ti... En el cajón de la cómoda hay dinero para que puedas comer estos dos días...

—Está bien...

Buddy no dudó un momento. Era preciso seguir a Estela. Pero, ¿cómo hacerlo? Se acordó de su fiel "Pat" y pronto tuvo su plan combinado.

—A qué hora os marcharéis?

—A las cuatro.

—Si no te sabe mal, Estela — murmuró Buddy—, yo me iré a la cabaña a recoger algunas cosas que me harán falta aquí estos dos días, y volveré antes de las cuatro.

—Bueno, vete.

Era lo que quería Buddy. Marchó a todo correr a su casa, si casa podía llamarse aquel frágil edificio de tablas viejas, y llamó a "Pat".

—¡"Pat"! — le dijo—. ¡Ven conmigo!

Desandando lo andado, y medio desfallecido, llegó Buddy de nuevo al colegio cuando faltaban pocos minutos para que dieran las cuatro. Estela había alquilado un coche en el que debía verificarse el viaje.

—¡"Pat"! — gritó—. ¡Métete ahí dentro y no te muevas!

Y el pequeño Clark indicaba a su perro un espacio hueco que había en la parte trasera del vehículo, en donde el animal podía viajar cómodamente. Como Estela y su supuesto hermano estaban arreglando los equipajes, no se dieron cuenta del nuevo viajero que, subrepticiamente, se introducía en el coche.

Pocos momentos más tarde, los dos viajeros, montaban en el vehículo y abandonaban el pueblo. Buddy quedóse en el colegio, esperando poder ver más tarde a Roberto y, con dos caballos, emprender la persecución de Estela y de Jaime.

No tuvo que aguardarse mucho rato. Aún no hacía media hora que el coche se había puesto en marcha, cuando Evans, a caballo, se presentó en el colegio.

—¡Tenías razón, pequeño! — exclamó Ro-

berto—. Ese hombre que está con Estela no es su hermano. Vamos a arrestarle.

—Es tarde, señor Evans — murmuró el chiquillo—. Hace media hora que los dos han huído a la frontera en un coche.

—¡Pues hay que coger dos caballos y marchar, tras de ellos!

—Eso mismo es lo que yo estaba pensando, y por eso le aguardaba a usted aquí, en la seguridad de que vendría.

Fué cuestión de poco rato. Todavía no eran las cinco, cuando Roberto y Buddy, cabalgando dos veloces potros, se lanzaban a la persecución de los fugitivos.

VII

LA frontera estaba a muchas millas de distancia todavía y era preciso buscar un refugio en donde pasar la noche que se acercaba. Estela y Jaime percibieron una cabaña abandonada que podía servirles muy bien para aquel fin.

Una horrible sorpresa esperaba al pobre "Pat", que no se había movido del coche. Al descubrirle, el acompañante de Estela le cogió y lo metió dentro de un enorme y des-

vencijado cajón, cuya tapa aseguró poniendo encima una gruesa piedra.

—¡Así no nos molestarás, mal bicho! —



Roberto cogió el cadáver de Kemp y lo sacó de la cabaña

gritó mientras, con aire de cólera arrojaba al suelo el cigarro que estaba fumando.

Los dos viajeros penetraron en la cabaña. El cerró la puerta y sonriendo cínicamente, dijo a la muchacha:

—Ahora que estamos solos, ya puedo decirte la verdad. Yo no soy tu hermano.

La joven dió un grito de espanto y de sorpresa, al ver que el miserable la cogía por el talle intentando forzarla... La lucha fué terrible... Estela se defendía con los pies, con las manos, con los dientes, mientras el pobre "Pat" ladraba lastimosamente.

No era sólo la cautividad a que le habían sometido lo que impacientaba a la pobre bestia, que intentaba huir por un agujero que tenía una de las tablas y por el cual, si no otra cosa, podía al menos respirar. Lo grave era que la colilla de cigarro arrojada por Jaime Kemp había prendido en la hierba y las llamas empezaban a lamer el cajón.

Entretanto, la lucha seguía en el interior de la cabaña. Jaime, loco de furor, no se daba cuenta del peligro que le amenazaba. Estela consiguió abrir a empujones una puerta que daba a una de las habitaciones de la cabaña y refugiarse en ella, atrancando la entrada. Jaime sacó su revólver e hizo fuego a través de la frágil pared de madera que le separaba de la maestra. Pero en aquel momento retrocedió horrorizado.

¡La cabaña estaba envuelta en llamas! El pobre "Pat" seguía aullando, ronco y a

punto de morir asfixiado. Estela, desde su refugio, rompía con una pala que había encontrado en el suelo los cristales de la ventana para huir del incendio. Kemp iba a cortarle la retirada cuando dos jinetes irrumpieron violentamente en la cabaña.

Eran Evans y Buddy que acudían, guiados por los ladridos de "Pat". Roberto, despreciando el peligro de las llamas, penetró en la cabaña y cogió por el cuello al miserable. Pocos segundos duró el drama. De una cuchillada, el novio de la maestra dejó a Jaime herido de muerte.

Estela había logrado, por fin, salir de la habitación en donde el fuego amenazaba consumirla. Entretanto, Buddy intentaba el salvamento de "Pat". Pero cuando logró sacarlo del cajón, el pobre animal estaba inerte...

—Roberto — murmuró la maestra —, me has salvado el honor y la vida. Sin ti, hubiese perecido abrasada o hubiese sido presa de las garras de ese bandido.

—De ese bandido a quien creías tu hermano — dijo Roberto Evans.

—Me ha revelado cínicamente la verdad cuando hemos llegado aquí — repuso Estela.

—Bueno, tranquilízate y déjame sacar de la cabaña el cuerpo de ese miserable, cuyo hedor no nos dejaría pasar la noche. Nos refugiaremos aquí, mañana por la mañana volveremos a Grayton y podremos casarnos en

paz y en gracia de Dios. Y no atribuyas tu salvación a mi esfuerzo, sino al de ese pobre Buddy que ha resultado un muchacho agraciado y ahora llora como una Magdalena porque se le ha asfixiado el perro, que tan útil nos ha sido también para orientarnos y saber en dónde estabas.

Roberto cogió el cadáver de Kemp y lo sacó de la cabaña. Buddy estaba tan afectado por la muerte de "Pat" que había caído en tierra desvanecido y Evans hubo de recogerlo, haciéndole oler un frasco de sales inglesas que casualmente llevaba en el bolsillo, para que recobrase el conocimiento, mientras le prodigaba cariñosas palabras de consuelo.

Nadie durmió aquella noche. Estela y Roberto, haciendo proyectos para el porvenir, y Buddy, derramando lágrimas por la pérdida de "Pat".

—No llores, pequeño — le dijo Evans —. Ya te compraremos un perro policía, de verdad. Anda, no te aflijas y explícale a Estela cómo descubriste el misterio y salvaste a su hermano, al auténtico, de una muerte cierta.

Cuando Buddy hubo terminado su narración, Evans dijo:

—Así que amanezca iremos primero a la cabaña de Buddy, recogeremos a Franco y juntos volveremos todos al pueblo.

Por fin empezó el sol a lucir y entonces

llegó para Buddy el momento más triste de su vida.

Quería enterrar al pobre "Pat" con todos los honores. Lo cogió en brazos y empezó a andar, para ir al borde de un riachuelo que pasaba por aquellos alrededores, y cavar allí su fosa. Iba lentamente, con melancólica gravedad... Llegó a la orilla, y cuando hubo elegido el lugar donde debía reposar eternamente su fiel compañero, cayó de brúces al suelo, lleno de tristeza, y empezó a llorar de nuevo...

Un ladrido apagado resonó en sus oídos. "Pat" no estaba muerto... Había sufrido un largo desvanecimiento por asfixia, y ahora, al recobrar de nuevo los sentidos y ver llorar a su amito, pugnaba por chillar y no podía, agotado como estaba por el sufrimiento y la inanición. Como si quisiera distraerle, el pobre animal intentaba ponerse en dos patas y bailaba a su alrededor, deteniéndose a intervalos, abatido por la fatiga...

Buddy Clark creyó volverse loco de alegría. Abrazó y besó a la bestezuela llorando de contento y volvió a todo correr a la cabaña, con el perro en brazos.

—¡Mírenlo! ¡Mírenlo! — gritaba —. ¡No se había muerto, pobrecito animal! ¡Estaba desmayado!

A las siete emprendieron el camino de la cabaña de Buddy. En el intervalo transcu-

8.19-2-6/8

rrido después de la visita de Evans, Franco había recobrado su lucidez de espíritu y la impensada aparición de su hermana estuvo a punto de trastornarle de nuevo el cerebro.

Roberto llevaba yodo y compresas, con lo que pudo curar la herida de Franco, la cual no había sido objeto todavía de los cuidados necesarios.

Pocas semanas después, se celebraba el matrimonio de Estela con Evans, apadrinando Franco a su hermana, ya completamente restablecido. Merced a la influencia de Roberto, pudo conseguirse el indulto por su fuga y la commutación del resto de la pena que le correspondía cumplir. Los tres se instalaron en el colegio, junto con Buddy, a quien, en premio a su heroísmo, prohijó el novel matrimonio.

"Pat", el pequeño "Pat", está ya restablecido. Vive contento y feliz con su amito, que el año que viene verá realizado su sueño dorado: ser guardabosque y vivir muchas aventuras, persiguiendo bandidos y realizando proezas...

FIN

